

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

Golpe de Estado e Historia pública: la batalla por las narrativas sobre el pasado durante la postdictadura chilena

Coup d'état and public history: the battle for narratives about the past during the Chilean post-dictatorship

DAVID ACEITUNO SILVA

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile

RESUMEN En la postdictadura se debió enfrentar a desafíos complejos, gobernar la democracia en coincidencia con miembros de la recién terminada Dictadura era un problema difícil de sortear. En este contexto, enfrentar el pasado reciente desde las narrativas oficiales requería de equilibrios frágiles. En este artículo analizamos de qué manera se configura el debate y desarrollo de la Historia pública sobre el golpe de Estado durante los primeros años del retorno a la democracia. Analizamos como los relatos del oficialismo, intelectuales de derecha e historiadores entran en la batalla por el pasado y proponen sus narrativas. Finalmente pudimos dar cuenta de la relevancia de la investigación histórica para combatir la distorsión del pasado, observando los riesgos que tiene el ceder los espacios discursivos públicos a individuos o grupos que buscan consolidar intereses a través de errores y desinformación sobre la Historia reciente chilena.

PALABRAS CLAVE Golpe de Estado-Chile; Historia Pública; Narrativas-Post-dictadura.



Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0).

ABSTRACT In the post-dictatorship period, it had to face complex challenges. Governing democracy in coincidence with members of the recently ended dictatorship was a difficult problem to overcome. In this context, facing the recent past from the official narratives required fragile balances. In this article, we analyze how the debate and development of the public history of the coup d'état took shape during the first years of the return to democracy. We analyze how the official, right-wing intellectuals and historians enter the battle for the past and propose their narratives. Finally, we realized the relevance of historical research in fighting the distortion of the past, observing the risks of relinquishing public discursive spaces to individuals or groups that seek to consolidate interests through errors and misinformation about recent Chilean history.

KEY WORDS Coup d'état-Chile; public history; narratives-post-dictatorship.

El retorno a la democracia en Chile es un periodo que sigue siendo complejo de estudiar y las miradas que se pueden hacer sobre este proceso son múltiples (Aceituno y Rubio, 2020; Mansuy, 2016; Ponce et al., 2018). Si bien existe innumerable bibliografía sobre su desenvolvimiento político, quedan aún amplios espacios para la reflexión sobre sus avances y limitaciones (Boeninger, 1998; Briones, 1999; Escalona, 1999; Garretón, 1991; Godoy, 1999; Menéndez-Carrión y Joignant, 1999; Moulián, 2002; Walker, 2020).

Los efectos de la crisis democrática y el posterior Golpe de Estado, indudablemente dejaron una profunda marca en nuestra historia nacional, que tendrán que ser abordados políticamente tras el retorno a la democracia, pero también discursivamente. La crisis democrática debe entenderse como un proceso complejo, donde interactúan aspectos internacionales (guerra fría, revoluciones latinoamericanas) como nacionales (polarización, hipermovilización, problemas del desarrollo, etc.) que se conjugaron durante la instalación de un proyecto novedoso, como fue el de la Unidad Popular y la vía democrática al socialismo (Casals, 2010; Fermandois, 2013; Moulián, 2006). Las tensiones existentes y que están muy bien explicadas por Winn (2013) evidencian como la revolución institucional o “desde arriba” llevada adelante por la Unidad Popular, como la revolución “desde abajo” promovida por grupos más extremos, terminaron por acelerar un proceso que lo que más requería era tiempo y estrategia. El Golpe de Estado y la contrarrevolución que se inicia, será la estocada final al proyecto de la izquierda chilena de esos años, pero también el comienzo de la violencia que impactará durante 17 años a la sociedad chilena en su conjunto, tanto política, social, cultural y económicamente (Cavallo et al., 1998; Huneeus, 2000).

En este sentido, analizar la transición no es dar una mirada a la superación del pasado dictatorial, sino que muy por el contrario su estudio pone de manifiesto las permanencias del periodo precedente, tanto de la violencia y la memoria, como de los diversos aspectos que giran en torno a la política, la economía y la cultura. Los enclaves de la transición, como se les ha llamado (Siavelis, 2009), donde destaca entre tantos otros la propia Constitución de 1980, fueron un escollo difícil de sortear en democracia, todo esto mientras estaba en plena vigencia el propio dictador Augusto Pinochet, primero como general y luego como senador designado. Es así como se genera la paradójica dinámica del retorno a la democracia, debiendo asumir negociaciones intra-elitarias desde incluso antes de la instalación del Gobierno de Patricio Aylwin, lo que impidió en muchos casos una mayor profundización democrática.

Reconocer estas falencias del sistema, es tan necesario como examinar la acción política emprendida, en especial la gestión de las narrativas que buscaban acercar a los ciudadanos a las decisiones que se estaban tomando en torno a cómo conducir la nueva democracia. Cuestión que no resultaba fácil, si se entiende que cualquier comunicación podía crispar no solo a la oposición, sino que también a los militares que se sentían garantes de este nuevo proceso. En esta conexión presente y pasado es que necesariamente el Golpe de Estado sería una larga sombra sobre la que deberán andar los primeros Gobiernos de la transición, no sólo por las consecuencias concretas sobre las políticas y la legislación, sino que también porque gestionar discursivamente el pasado era un tema delicado.

En este texto buscamos explorar de qué manera la historia pública se transformó prontamente en un campo de batalla por el pasado, no dejando indiferente a la ciudadanía, políticos e historiadores. Mantener un relato contenido u “oficial” resultaba complejo cuando la distorsión o el negacionismo buscaban no sólo moldear el relato sobre el golpe, el rol de sus actores y sus consecuencias, sino que en muchos casos buscaba rescribir ese pasado. Para acometer este análisis haremos uso de los escritos y textos de intelectuales y políticos de la época y analizar cómo durante las primeras dos décadas se profundiza una grieta que terminará en una batalla pública por la memoria del pasado Golpe de Estado chileno.

Metodológicamente este estudio se ubica tanto en el campo de la Historia pública, como el de la historia intelectual o eidética, donde los intelectuales y sus escritos son entendidos muchas veces como “bisagras” entre la sociedad y la política (Altamirano, 2005). Su pensamiento, que es la vez público, es puesto al servicio de los debates políticos, al hacerse cargo de la historia, y de los conflictos culturales que en ella se despliegan (Pinedo, 2012). Por lo que podemos conocer y comprender a través de esas narraciones, por ejemplo, las “batallas de la memoria”. Es por esto, que nos hemos centrado en aquellos autores y documentos que tuvieron un claro impacto en el discurso público de la época, generando un debate en prensa que repercutió en la

narrativa sobre el pasado y sobre el cuál comenzaron a elaborarse nuevas perspectivas de análisis. Existe también una capa discursiva que es más difícil de determinar por su menor impacto en la esfera pública, donde estos mismos problemas ya eran discutidos, sin embargo, estas redes narrativas requerirían otro tratamiento al de la presente investigación, aunque en muchos casos estos intelectuales representarán a estas organizaciones y su pensamiento de manera directa o indirecta. En este sentido, como señala Moyano, estos relatos:

(...) circulan dentro de la red compleja de acciones de los partidos políticos, organismos del Estado y sociedad civil; aparecen en la esfera pública constituida por los medios de comunicación masiva; emergen en las conversaciones de la vida cotidiana, desde allí, permiten darle forma significativa y semántica a experiencias de la realidad que aparecen como problemáticas, fuentes de malestar o inquietud (Moyano, 2021, p. 486).

Los textos seleccionados para su análisis hermenéutico, por tanto, están enmarcados en un periodo donde la batalla por la memoria resurgió (fines de la década del 2000), a propósito de la detención de Pinochet en Londres y el rol que debía jugar el Estado chileno. Los actores estudiados, por tanto, serán los historiadores que logran sintetizar y enmarcar históricamente un debate complejo de manera pública, tanto de oposición a la dictadura, como los que asumieron una postura de defensa del Régimen. Además, consideramos relevante conocer las posturas oficiales que enmarcaron ese debate.

1.- Historia pública y narrativas políticas

La Historia Pública o Public History, es un concepto acuñado en 1976 en Estados Unidos por Robert Kelley- extendiéndose sistemáticamente al resto del mundo- quien inicio una formación de posgrado para historiadores que se quisieran insertar en el sistema público o privado, pero no como historiadores tradicionales, sino más bien como agentes de influencia, utilizando el método del historiador y sus habilidades en otros contextos de trabajo y análisis (Kelley, 1978). Esta novedosa comprensión de la Historia generó un acercamiento a las audiencias, por lo que se comienza a pensar de una manera distinta la escritura y la investigación, yendo más allá de los círculos académicos, hacía el público general, lo que fue también potenciando por la creación de programas universitarios específicos de este tipo de Historia. Un segundo momento muy relevante para la Historia Pública se da en el nuevo siglo, como señala Torres-Ayala (2020), teniendo “una buena acogida por la reevaluación de la historia que vino de la mano de las nuevas corrientes historiográficas que ponían su énfasis en los de abajo, los silenciados y excluidos.” En este sentido, la Historia Pública no es una nueva historiografía sobre estos grupos, sino que más bien es una forma de darle visibilidad

a través de espacios novedosos de comunicación y enseñanza, creando, por ejemplo, ferias o fiestas de la historia, donde se difunden estas narrativas que buscan instalar perspectivas diversas a procesos contados muchas veces desde “arriba” hacia nuevos públicos que están fuera del circuito académico. En América Latina, a diferencia de otros países del mundo, este tipo de Historia sigue siendo reciente y emergente, destacando Brasil y Argentina como espacios con bastantes avances en la materia.

La Historia pública, como vemos, es una mirada histórica novedosa, pero que ha resultado difícil de definir para sus especialistas. De hecho, existen varias miradas sobre cuáles son sus objetivos y métodos. El National Council on Public History (NCPH) de Estados Unidos, lugar donde hace varias décadas se viene desarrollando esta línea de trabajo, estableció una definición globalizadora, aunque no con pocos desacuerdos señalando que esta Historia es “un movimiento, una metodología y un enfoque que promueve el estudio y la práctica colaborativa de la historia; los que la practican abrazan la misión de hacer accesibles y útiles al público sus conocimientos” (Weible, 2008).

Esta mirada sobre la Historia Pública no es excluyente y existen diversos investigadores que siguen estableciendo matices dentro de esta misma propuesta de definición. Así, para algunos este sería un campo de estudio de la historiografía y para otros sería más bien una forma de escribir y crear para que la gente se acerque a la Historia. No pocos, consideran que este tipo de investigación se relaciona más bien a la posibilidad de influir políticamente, y por último están aquellos historiadores que señalan que este tipo de historia es simplemente la que está fuera del mundo académico y universitario. En algún sentido, la Historia pública es todo lo anteriormente señalado, y su mayor aporte es que ha logrado consolidar un espacio para el debate serio sobre la Historia en el espacio público sea este material o virtual (Cauvin, 2016).

Por otra parte, es evidente que este tipo de análisis o estudio está estrechamente vinculada a diversos fenómenos, por una parte, al aumento del consumo de historia, sea en diversos formatos y espacios (especialmente la novela histórica), y por otra parte a la creciente demanda del turismo cultural donde los museos y el patrimonio han sido un aliciente para acercarse al pasado de una manera diferente a como se estudia tradicionalmente. Estas nuevas formas de escritura y difusión histórica han llevado a cuestionar también como se escribe la Historia de una sociedad, criticando los usos políticos de esta, generando una mayor demanda por el consumo de textos alternativos a lo publicado en el mundo académico (Rabêlo de Almeida y Meneses, 2018).

Queda en evidencia que, aunque en muchos casos algunos historiadores no se vinculen con esta línea de investigación, si han hecho uso del espacio público para difundir sus ideas del pasado, sacando sus investigaciones a debate. Esta vocación, que ha ido alcanzando con el tiempo un carácter investigativo, tanto para el estudio del fenómeno como la creación de contenidos, es una herramienta útil para entender las narrativas, si se vincula además a los estudios sobre los aparatos intelectuales que influyen en esta elaboración de discursos.

Para el caso chileno, existe una larga tradición en que intelectuales y políticos se confunden, incluso antes de los años setenta era bastante común ver circular a académicos desde las aulas universitarias a los gabinetes presidenciales (Altamirano y Monsálvez, 2022; Gazmuri, 2001). Esta relación continúa durante la Dictadura, tanto desde la oposición haciendo uso de los seminarios y centros de estudios como espacio de reflexión y acción política frente a la limitación impuesta por el Régimen, como fueron por ejemplo el Centro de Investigaciones Socioeconómicas (CISEC) o el Grupo de los 24 en su trabajo de oposición a la Comisión Ortúzar que estudiaba la Constitución a fines de los setenta. Por su parte, civiles y tecnócratas cercanos a la Junta se van sumando sistemáticamente a roles cada vez más activos del gobierno y la justificación de su quehacer (De Castro, 1992; Lavín, 1987).

Los grupos o centros de estudio que funcionaban al margen de las universidades que estaban cautivas por la Dictadura, eran los lugares propicios para generar crítica al Régimen y proponer ideas o pensamientos alternativos. Estos espacios de trabajo intelectual eran tolerados y se convirtieron en las esferas naturales para “hacer política” de manera encubierta. Es interesante, por tanto, considerar, que muchos políticos que habían tenido una etapa previa de formación académica pudieron desarrollar en estos centros el pensamiento básico que daría el sustento para rearmar la oposición y por tanto construir una estrategia de retorno a la Democracia (Mella, 2008).

En general, cuando se habla de intelectuales se hace referencia a un grupo de personas, en algunos casos consideradas como una minoría, que en mayor medida que el común de la gente se detiene a pensar más allá de los símbolos genéricos o las situaciones cotidianas, motivada por un “espíritu de indagación”, pero que además se ve en la necesidad de “exteriorizar” estos pensamientos transmitiéndolos de manera oral u escrito (Brunner y Flisfisch, 1983, pp. 20-22). El quehacer de este grupo selecto puede ser comprendido de manera muy diversa, por ejemplo, pueden ser aquellos que crean, distribuyen y aplican la cultura, los que producen las ideas o ideologías, los creadores de productos ideológicos-culturales o los que adhieren en común a un discurso crítico. De esta manera el intelectual puede ser comprendido tanto en su vinculación con la cultura como con el poder (Bourdieu, 2000). Cristina Moyano, señala para el caso chileno que “los intelectuales, en tanto sujetos que representan y hacen visible una realidad (y hasta cierto punto la crean) también participan de la construcción de

lo políticamente correcto o adecuado, en la medida que posibilitan con sus trazos y dibujos hacer inteligible los caminos que conducen a los disensos y los consensos (...) De allí que el intelectual tenga siempre una función política, en la medida que toma posiciones sobre los problemas de su tiempo” (Moyano, 2011).

Para Puryear (2016) el caso chileno es bastante extraordinario respecto al papel que le cupo a la intelectualidad, destacándose incluso por sobre otros países donde los altos oficiales, cúpulas partidarias y elites económicas fueron más relevantes. Este estrecho vínculo entre intelectualidad y política en Chile es sin duda único para las transiciones de América Latina, como lo ponen de manifiesto las investigaciones para el resto del continente, donde el rol que desempeñaron fue más bien marginal (Malloy y Seligson, 1987). En varias ocasiones, estos intelectuales se transformaron en políticos o a la inversa, políticos que terminaron siendo intelectuales. No eran sólo acompañantes o asesores de aquellos que debían hacer oposición durante la Dictadura desde la acción política, sino que en ocasiones ambos roles se confunden en una misma persona. Así paso por ejemplo con Genaro Arriagada, René Cortázar, Edgardo Boeninger, Alejandro Foxley, Roberto Zhaler, etc. sólo por mencionar alguno de ellos.

Si bien, es evidente que, durante la Dictadura, el monopolio discursivo era controlado mediante estrictas medidas de censura por la Junta (Donoso, 2019), igualmente se encuentran grupos políticos y culturales buscando estrategias para comunicar lo que estaba sucediendo en el país, como es caso del informativo teleanálisis o las revistas análisis o cauce entre otras.

Finalizados los años ochenta y tras el retorno a la democracia, pese a que se había construido una fuerte oposición a Pinochet, una vez asentados en el primer Gobierno, el relato que se consolidó, salvo excepciones, fue el de la reconciliación, por lo que se necesitó asentar miradas sobre el pasado que buscarán promover la idea de la “nación de hermanos” tal como Aylwin declararía en su discurso de proclamación (Aylwin, 1990). Esto como hemos dicho, en un contexto de alta tensión política, resultaba ser la mejor alternativa para que la democracia continuara bajo relativa normalidad. Con todo, como veremos, las reflexiones sobre el pasado emergerán prontamente rompiendo con los discursos oficiales, tanto de uno como de otro lado. La caja de la memoria, como señalará Stern (2013) se terminará abriendo, generando tensiones en el debate público sobre el pasado.

La memoria del pasado y la búsqueda de reconciliación

La búsqueda de consensos para poder sortear la dificultad de una democracia que a inicios de los noventa se mostraba aún frágil, resultó ser una tarea compleja, de búsqueda de balances y acuerdos. En este sentido, el control sobre el pasado y su relato debía hacerse desde el propio Estado, buscando evitar los extremos que buscaban por un lado acusar directamente tanto a militares en ejercicio, como a civiles colaborado-

res, ambas cuestiones que sólo traían aún más tensión a la política nacional. También se debe recordar, que el crecimiento económico era una buena base para evitar hablar del pasado y concentrarse en los logros del presente y futuro, por lo que hablar sobre el Golpe, el quiebre o la crisis institucional de los años ochenta, debía quedar circunscrito más bien a lo que el Gobierno quisiera exponer en su narrativa.

Como señala Stern (2002) el periodo que va desde 1990 a 1998, será el Estado quien abrirá la caja de la memoria, siendo respaldado de manera general por la sociedad civil, surgiendo la memoria de ruptura no resuelta, de esta manera será en democracia donde se busque avanzar hacia el futuro, apelando a la ética democrática. Así lo deja en claro el presidente Aylwin en su importante alocución desde el Estadio Nacional:

Hemos dicho -y lo reiteramos hoy solemnemente- que la conciencia moral de la Nación exige que se esclarezca la verdad respecto de los desaparecimientos de personas, de los crímenes horrendos y de otras graves violaciones a los derechos humanos ocurridas durante la dictadura. Hemos dicho también -y hoy lo repito- que debernos abordar este delicado asunto conciliando la virtud de la justicia con la virtud de la prudencia y que, concretadas las responsabilidades personales que corresponda, llegará la hora del perdón (Aylwin, 1990).

Será así como se inunda el espacio público desde diversos frentes, institucionalmente el 25 de abril de 1990 se crea la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (Rettig) que tenía como objetivo contribuir al esclarecimiento de la verdad sobre las violaciones a los derechos humanos cometidas entre el 11 de septiembre de 1973 y el 11 de marzo de 1990. Por otra parte, la presidencia seguirá remarcando discursos donde se hablará de reconciliación, perdón y unidad, también la televisión jugará un rol relevante de la mano de Jorge Navarrete (Director general de TVN entre 1991 y 1992) y Patricia Politzer (directora de prensa entre 1991 y 1994) ambos nombrados por el Gobierno de Aylwin. En otros espacios culturales aparecerán también películas (Cavallo et al., 2007) y libros que hacen referencia al pasado como el famoso libro de Patricia Verdugo, *Los zarpazos del puma*. En el ámbito académico hay que mencionar los importantes aportes de Jelin (2002) y en Chile el trabajo de Illanes (2002) quien analiza la batalla cultural que se debió enfrentar en Chile frente a la represión casi omnipotente que existía por la memoria y el pasado, además de los trabajos de Lechner (2002), entre otros.

Según lo investigado por Stern, hacia 1993 la sociedad chilena coincidía en definir el 11 de septiembre no como la salvación del marxismo, sino como el colapso de la democracia (Stern, 2002). Sin embargo, la memoria como espacio de batalla en sociedades como la chilena, donde la narrativa no tiene necesariamente un correlato judicial, se van generando avances y retrocesos (Aceituno y Bartol, 2021), afectados

directamente por la coyuntura política. De esta manera, las tensiones que trajo consigo el desarrollo del Informe Rettig, las presiones de los militares frente a cualquier investigación que les afectará, como sucedió con el “ejercicio de enlace” y el “boinazo” el año 1993, provocaban que sobre esa memoria del pasado que se quería consolidar desde el oficialismo, resurgieran constantemente otras que tensionaban el espacio público.

El Gobierno de Frei Ruiz -Tagle, el segundo tras el retorno a la democracia, vivirá una situación aún más tensa en torno a los discursos sobre el pasado, especialmente tras la detención de Pinochet en Londres y el posterior involucramiento de la presidencia para su retorno, cuestión que reabrió profundas heridas, a su vez que hizo resurgir las memorias de salvación de los militares el año 1973. Ese mismo año, a propósito del 50° aniversario de la Declaración de Derechos Humanos de la ONU se envió una carta pública al Presidente que indicaba claramente el retraso en la tarea de reparación, educación y memoria:

El Estado chileno está en mora respecto de las reiteradas resoluciones de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos que lo han instado a anular el Decreto-Ley de Amnistía, que ha dejado impunes las más atroces violaciones de derechos humanos cometidas por la dictadura.

Solicitamos, por tanto, al Gobierno que envíe un proyecto de ley en tal sentido lo que, por otra parte, sería plenamente congruente con los compromisos programáticos adoptados a este respecto por la Concertación.

(...) Chile es el único país de Sudamérica que no posee instituciones nacionales de promoción y protección de los derechos humanos, tal como ellas son definidas por Naciones Unidas.

(...) Sin perjuicio de intentar permear el conjunto de los contenidos y métodos pedagógicos con los valores de respeto de estos derechos, su envergadura y trascendencia hacen necesario que ellos sean incorporados como asignaturas específicas que se integren al conjunto del sistema educacional (VV.AA. 1998).

Hubo algunos intentos desde el Gobierno por avanzar en la justicia y reparación como la Mesa de diálogo donde se reunió a diversos estamentos incluyendo a autoridades, instituciones civiles, militares, religiosas y éticas con el fin de reunir más información sobre el paradero de detenidos desaparecidos (Zalaquett, 2000). Sin embargo, la Agrupación de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos rechazó de manera categórica esta instancia, indicando que era imposible un diálogo si no se avanzaba en verdad y justicia, calificando la mesa como una operación político -comunicacional (Letelier, 1999).

¿Cuáles son entonces las narrativas que son expuestas por intelectuales en este momento, que batalla se inicia? Como veremos, pese a los intentos por controlar los discursos desde la oficialidad, tanto los que reivindicaban el rol de la Dictadura como aquellos que buscaban asentar una lectura histórica por sobre las memorias individuales, aparecerán en el debate público de manera clara y dura, generando hacia fines de los noventa un fuerte debate de Historia pública chilena.

La democracia, memoria de la salvación y el Golpe

Como hemos visto anteriormente, si bien hubo importantes esfuerzos por controlar la narrativa oficial, intelectuales y actores importantes de la dictadura cívico militar fueron claves para mantener vigente un discurso sobre el pasado que reivindicaba el rol de los militares en el Golpe, lo que generaba constantes tensiones. Se debe recordar, que hasta el año 2012 siguió debatiéndose fuertemente acerca de cómo denominar al gobierno que surge en 1973, si “Régimen militar” o “Dictadura”, cuestión que escaló hasta el Ministerio de Educación que llamó a revisar el concepto en el currículum y los textos escolares, lo que escandalizó a organizaciones e historiadores (Fernández, 2012).

Sin embargo, el rol que jugaron intelectuales de derecha, incluso en la redacción oficial del pasado fue crucial. Así sucedió por ejemplo con Gonzalo Vial Correa (1930-2009), considerado como uno de los historiadores conservadores más importantes del siglo XX. Como historiador realizó varios trabajos sobre Historia de Chile desde sus orígenes. También fue un importante intelectual, quien no sólo luchó contra la izquierda desde la acción política, formó parte del Partido Nacional y las letras, sino que fue parte de la Dictadura como Ministro de Educación Pública entre 1978 y 1979, férreo opositor a la condena que recibía el Régimen por la violación a los derechos humanos, y paradójicamente terminará participando de la redacción del informe Rettig y de la mesa de diálogo (González, 2017).

Tal como describe Casals y Villar (2022) en un reciente artículo respecto de los escritos políticos de Vial, será su visión de la historia reciente de Chile donde se convirtió en un referente para parte de la derecha y sectores afines. La justificación del Golpe de Estado de 1973 será uno de sus grandes objetivos, no sólo a través de una serie de libros publicados, sino que, además haciendo uso del periodismo, con las revistas *Qué pasa*, *Portada* y sus columnas en el diario *La Segunda* tras el retorno a la democracia. Su labor como defensor del Golpe, comienza con el inicialmente anónimo texto titulado *el Libro Blanco del cambio de gobierno en Chile (1973)* que buscaba explicar las causas del “pronunciamiento militar” justificando la intervención de los militares e instalando en el inconsciente colectivo la idea de la guerra civil y el proyecto de la izquierda por el poder total, conocido como Plan zeta:

El autogolpe comenzaría con la eliminación física, por comandos terroristas, de altos oficiales de las Fuerzas Armadas y de Carabineros, así como de dirigentes políticos y gremiales opositores. Tan sangriento operativo se conocía como el "plan Z".

Después del 11 de septiembre, aparecieron instrucciones escritas y detalladas para el plan Z, con toda clase de datos personales relativos a quienes serían eliminados y con la asignación de los terroristas que debían cumplir los asesinatos respectivos, terroristas que -en los documentos hallados- se identificaban mediante seudónimos.

Por último, el autogolpe fue pulido en todos sus detalles (...). (Vial, 1973. p. 23).

Este libro, sobre el que Vial reconocería su autoría, consolida varias ideas sobre el pasado que incluso comprobadas en su falsedad, como el mismo Plan zeta, seguirá reafirmando en los años noventa como acontecimientos existentes, buscando justificar una narrativa del pasado donde los militares habrían "cumplido" con su deber, y donde la izquierda insistía en enlodar con falsedades (El Mercurio, 1999). Hay que recordar que el Libro Blanco fue distribuido no solo en Chile, sino que también en diversos países con el propósito de instalar una explicación propia por parte del Régimen del Golpe de Estado.

Durante los noventa no será sólo Vial quien reivindica públicamente el rol de la Dictadura, por ejemplo, en una columna de la Tercera, Jaime Guzmán, señala taxativamente que conmemorar el primer 11 de septiembre tras el retorno a la democracia no era para indicar que el régimen militar era antidemocrático, por el contrario, ese día era imperativo celebrar la obra de las fuerzas armadas, porque si existía democracia era gracias a su labor en 1973: "De ahí que sea hoy justo reconocer y agradecer al gobierno militar y las fuerzas armadas y carabineros por la democracia que ahora disfrutamos. Ella constituye la culminación de su propia obra y no algo que nadie haya impuesto o arrebatado" (Guzmán, 1990). Además, aprovecha en el mismo texto de reafirmar la idea de que la culpa del quiebre fue de la izquierda y su intento por instalar un gobierno marxista totalitario.

En los escritos y columna posteriores de Vial Correa, mantendrá su postura sobre la Dictadura y los hechos de septiembre de 1973. En este sentido, es increíble su participación en la redacción del marco político presentado en el Informe Rettig, aunque el propio Aylwin justificará su decisión señalando:

Lo más difícil fue designar a los miembros que constituirían la Comisión. Debían ser personas de gran prestigio moral, que en lo posible fueran representativas de las diversas tendencias existentes en la comunidad nacional y merecieran confianza a la opinión pública del país. Había que buscar no sólo entre los partidarios del nuevo gobierno, sino también entre quienes habían colaborado con el régimen militar o sido partidarios suyos (Aylwin, 1996, p. 46).

La postura frente a la redacción sobre este documento será la de fijar de alguna manera una “memoria consensuada” (Camacho, 2004) donde todos los participantes pudieran ceder de alguna manera en sus posturas para alcanzar un texto lo más amplio posible. Vial hará ver en varias ocasiones sus desacuerdos en el escrito, señalando que: “La Comisión debería ser absolutamente ajena a la investigación o asignación de responsabilidades individuales. Lo contrario, aunque se niegue, constituiría una invasión de las atribuciones judiciales (...)” (Vial, 1990 como se citó en Camacho, 2004. p. 1060). Lo que queda claro, es que lo que perseguía era dejar un texto vacío de contenido y aséptico, con el fin de expresar un pasado, pero sin actores, especialmente sin los actores que habían cometido las atrocidades que allí se presentarían.

En el texto final del informe, quedarán claramente algunas de sus posturas, como señalan Casals y Villar (2022) por una parte la idea de que la crisis de los años setenta habría sido consecuencia de la destrucción o debilitamiento de un gran número de puntos de consenso entre los chilenos, además que ese fenómeno sería fundamentalmente político-ideológico y no necesariamente material y económico, que se sitúa en el marco de la Guerra Fría y de la consecuente sobre ideologización y en definitiva una clara adhesión a la tesis del Libro blanco al señalar que bajo el gobierno de Allende se configuró “un clima objetivamente propicio a la guerra civil” (Informe, 1991, p. 38).

Durante los años noventa será el propio Vial quien crispará aún más la Historia pública y sus narrativas sobre el pasado, publicando una serie de columnas en el diario la segunda que retomaría su tesis sobre el golpe. En este sentido, el arresto de Pinochet en Londres sería un hito crucial para el debate sobre el pasado en Chile, que se inauguraría nuevamente con la carta de Pinochet a los chilenos de 1998 que declara abiertamente:

Las Fuerzas Armadas y de Orden no destruyeron una democracia ejemplar, ni interrumpieron un proceso de desarrollo y de bienestar, ni era Chile en ese momento un modelo de libertad y de justicia. Todo se había destruido y los hombres de armas actuamos como reserva moral de un país que se desintegraba, en manos de quienes lo querían someter a la órbita soviética.

(...) Todo lo que hice como soldado y como gobernante lo hice pensando en la libertad de los chilenos, en su bienestar y en la unidad nacional, objetivos superiores al logro de los cuales, quienes actuamos el 11 de septiembre, consagramos todos nuestros desvelos (Pinochet, 1998).

Esta narrativa y memoria salvífica volvía a instalarse con fuerza en la democracia chilena, y Vial no perdería el tiempo reivindicando una vez más su mirada sobre el Golpe en los años noventa. Entre las columnas publicadas en la Segunda y que se encuentran hoy disponibles en el libro “Gonzalo Vial: política y crisis. 1994-2009” están las tituladas Guerra civil de 1973, Salvador Allende, Enigmas del 11 de septiembre, septiembre, entre otras. Algunas de ellas son posteriores a 1998, lo que ponen en evidencia que durante esos años estuvo bastante abocado a consolidar nuevamente la narrativa de la salvación. En esta ocasión tomaremos como ejemplo la publicada en 1998, ya que es la que en conjunto con el escrito de Pinochet genera un controversial debate público. En el texto Guerra Civil del 73, vuelve sobre las causas del Golpe a propósito de comentarios de la época de Patricio Aylwin que hablaban sobre la posibilidad de la Guerra civil en los años setenta.

En la columna, Vial busca justificar la existencia de una inminente guerra civil, haciendo uso de las palabras que en ese momento habría proferido Altamirano, pero que la propia Unidad Popular habría buscado concretar mediante la incorporación de militares y la propia división de las fuerzas armadas con este propósito. Señala Vial (2020) en la columna del 11 de octubre 1998: “Y llegaremos a la conclusión anticipada, y que hoy genera aparente escándalo: que las fuerzas armadas, sin correr grave riesgo de dividirse dando paso a la guerra civil, no podían, el 11 de septiembre de 1973, esperar un minuto más para tomar el poder.”

Su postura en estos escritos era clara, la izquierda había querido deformar la verdad de lo sucedido en Chile en 1973, la ruina económica, social, institucional y moral sin precedentes fue causada por la izquierda chilena y grupos afines que actuaron como cómplices, lo que nos llevó a una guerra civil donde los militares habían actuado en concordancia con su mandato del cuidado de la nación librando al país del yugo, iniciando el camino de la restauración y de la renovación nacional (Vial, 1973, p. 3). La respuesta de políticos e historiadores no tardó en llegar y la batalla por el pasado, no tardó en iniciarse.

La batalla por el pasado, historiadores y su manifiesto

Será el propio Carlos Altamirano, abogado, senador y secretario general del Partido Socialista en la década de los setenta, quien responderá a través de la prensa a Gonzalo Vial, quien se había empecinado con acusaciones diversas hacia el otrora líder de izquierda:

Altamirano eligió *The Clinic* para saldar cuentas con "nuestro pequeño inquisidor", "pequeño Herodoto" y "pequeño Michelet", como lo llama alternativamente. El que está blanqueando su imagen, asegura el ex líder socialista, es el propio Vial. "Pocas personas, entre los civiles partidarios de la dictadura, tiene más necesidad de eludir sus graves responsabilidades que nuestro detractor", dispara Altamirano.

(...) En septiembre pasado, Gonzalo Vial Correa dedico cinco ediciones de su semanal contribución al diario "La Segunda" para atacar, con la odiosidad y persistencia que lo caracterizan, al suscrito y al Partido Socialista de Chile (Altamirano, 1998).

Las palabras de Altamirano fueron tajantes sobre el rol que estaba jugando en los discursos sobre el pasado, tanto en relación con las causas del Golpe, como el rol de Vial en la historia pública del momento, señalando:

El mismo Vial Correa se encarga de dejar en evidencia que el golpe estaba prácticamente decidido antes del día del discurso y que su ejecución era inminente. Por los demás, el propio general Pinochet se encargó de reconocer esto, por lo menos en dos oportunidades: la primera, en una entrevista con Raquel Correa. La segunda, en el libro "La Conjura" de Mónica González, uno de los mejores reportajes escritos sobre el golpe.

(...) ¿Que expresan estas "nuevas sensibilidades" de nuestro "pequeño Herodoto", como no sea haber captado los nuevos aires que soplan y el deseo irrefrenable de "blanquearse"? Para escapar al juicio de la Historia, Vial Correa se ha apresurado a acusar a otros de intento de "blanqueo". Pero, para ir más a la segura, ha tornado la precaución de autoerigirse en acusador y juez en dicho juicio. ¿Se podrá salir con la suya? (Altamirano, 1998).

Sin embargo, y más allá de esta polémica entre dos actores de los años setenta, resulta interesante observar cómo se genera una fuerte reacción por parte de los historiadores, que marcará claramente la historiografía. Como sucederá con el "Manifiesto de Historiadores" publicado en enero de 1999 que iniciaría un profundo debate público sobre el pasado. Este manifiesto que tiene como compiladores a Sergio Grez y Gabriel Salazar y firmado inicialmente por once destacados historiadores (luego hay

un apoyo masivo de un centenar de investigadores), incluye en su edición trabajos de destacados historiadores como Sergio Grez, Rafael Sagredo, Sergio Villalobos y Mario Garcés.

Este manifiesto parte señalando:

La “carta a los chilenos” del exdictador Pinochet detenido en Londres, y las recientes manipulaciones de la historia nacional realizadas por partidarios políticos e intelectuales, suscitó variadas reacciones dentro y fuera del país. Para quienes nos hemos consagrado profesionalmente a la labor de reconstruir la historia de Chile desde una clara perspectiva de compromiso con sus grandes mayorías, ambos hechos constituyeron un desafío que no podíamos eludir (Grez y Salazar, 1999, p. 5).

El texto que fue publicado en febrero en diversos medios como el diario La Segunda, La Nación, el Siglo y Punto final, ponían un acento claro en la preocupación que se observaba en la manipulación que se estaba haciendo sobre los hechos del pasado, buscando “magnificar” unos y “acallar” otros. En el escrito, se señala claramente que la manipulación se observaba en el juicio histórico tanto sobre el proceso democrático anterior al golpe de 1973, como a la posterior dictadura y la violación a los derechos humanos.

El manifiesto responde de manera directa a la “Carta a los chilenos” de Pinochet, confrontando las ideas distorsionadas sobre el golpe y su narrativa que la configura como una “hazaña o gesta”, además a la narrativa que indica que la crisis precedente al golpe era obra exclusiva de la Unidad Popular basados en la “sinistra” ideología marxista, y por último que las fuerzas armadas habrían actuado como la reserva moral del país. (Grez y Salazar, 1999, p. 9). Los argumentos sobre estos tres aspectos son contundentes, inclusive se responde directamente a las tesis de Vial publicadas en el diario La Segunda sobre el Golpe, consideradas como miradas parciales en tanto solo buscaba atribuir a los mismos afectados por el golpe las causas de la crisis, además de culpar de la polarización a las estrategias de planificación global de los años 60 y 70 o el incremento de la violencia, sin considerar más aspectos que la propia ideología olvidando contextos y complejidades propias del periodo (Grez y Salazar, 1999, pp. 13-14).

El texto concluye señalando que la “La historia no es solo pasado, sino también y principalmente presente y futuro. (...) El más importante de los derechos humanos consiste en respetar la capacidad de los ciudadanos para producir por sí mismos la realidad futura que necesitan. No reconocer ese derecho, usurpar o adulterar ese derecho es imponer, sobre todo, no la verdad, sino la mentira histórica. Es vaciar la verdadera reserva moral de la humanidad. (Grez y Salazar, 1999, p. 19).

Este manifiesto es relevante para la Historia pública sobre el Golpe de Estado en varios sentidos. Primero al resituar la historia profesional y no la narrativa política como el elemento fundamental para entender el pasado conflictivo chileno, en segundo lugar, remarcó la relevancia de la Historia en el espacio público, en especial en un contexto donde se iba acomodando la historia oficial del golpe de manera coincidente con el “Marco político” del Informe Rettig donde Vial había participado como redactor, y por último, argumentaron sólidamente en contra de las manipulaciones que ha había desplegado tanto Pinochet como Vial.

Conclusiones

Como hemos podido observar en el presente escrito, la Historia importa, más aún cuando esta se refiere a nuestro pasado común cercano. En esa historia, que rápidamente se despliega en el espacio público, se pueden conjugar narrativas que más tienen que ver con nuestras memorias individuales, que con la propia investigación histórica que despliega relatos diversos y confrontados, pero que muestran la complejidad de la dimensión histórica del ser humano y su convivencia política y social.

A su vez, la política asume un rol frente a pasados controversiales, en especial en momentos en que la fragilidad democrática es alta, como sucedía a inicios de los años noventa. Sin embargo, cuando la Historia se somete a los discursos oficiales, deja de ser también en gran parte Historia y se convierten en batallas discursivas que entran al campo de la política contingente y sus riesgos. El pasado es importante, y si la Historia y los historiadores no se convierten en actores importantes en el espacio público, hay mucho riesgo en que las narrativas terminen distorsionando el pasado y afectando el presente y futuro. Como señala Guell:

(...) Sin duda los relatos públicos y políticos sobre el transcurso del tiempo no son el único material ni tal vez el más importante, pero es uno indispensable en la compleja trama de la organización social. Por esta razón, cuando fallan en su capacidad para dotar de sentidos creíbles a la marcha temporal de la sociedad, se crean algunas incertidumbres, pérdidas de confianza y potenciales trastornos en las relaciones sociales, del mismo modo que se alteran algunos recursos simbólicos que definen la distribución del poder (Guell, 2009, p 18).

En este trabajo, y en correlato con las intenciones de la historia pública, se busca contrarrestar narrativas que pueden consolidarse como “verdades” del pasado. Salir del marco académico e invitar a reflexionar sobre lo que políticos y académicos muestran sobre el pasado es una tarea aún necesaria, hacer historia desde abajo o de los silenciados no es solo escribir de ellos, que sería mantenerse en el circuito académico, sino que es llegar a ellos con nuevas formas de comunicar la historia, mostrando las

diversas visiones y contrastándolas críticamente. El sistemático distanciamiento entre los historiadores académicos y el público en general invita a que los nuevos especialistas de la Historia pública ayuden a reconstruir nuevos puentes, a través de una escritura diferente y nuevos espacios de difusión de la historia a públicos aficionados o no académicos, pero interesados en el pasado. En el fondo la Historia pública es un nuevo enfoque sobre el público y las audiencias en las instituciones culturales, esto porque comunicar la historia a públicos más amplios se ha convertido en un nuevo modo de validar la investigación académica.

De hecho, existen historiadores que inconscientemente hacen Historia Pública, que se reconoce una vez que conocen el área y su enfoque. Por otra parte, existen cada vez más trabajos históricos que abordan miradas críticas sobre la Historia reciente, que podrían ayudar si fueran difundidos entre el público general, a comprender mejor cómo funcionan los relatos sobre el pasado. Solo por mencionar un ejemplo, el excepcional trabajo de José del Pozo sobre la imagen de Allende y cómo ha sido construida a lo largo de los años por la historiografía, la novela y el cine, que puede ayudar a dilucidar con bastante claridad cómo y porqué se escribe sobre Allende y de qué manera cada contexto incide en la imagen que se proyecta de él (Del Pozo, 2017). Esta investigación, como lo han hecho investigaciones como la reseñada, aportan en la escritura y reflexión sobre narrativas que son abren el debate sobre el pasado, pero tiene el riesgo de quedarse en la misma esfera del academicismo, por lo cual se necesitan especialistas y especializaciones de Historia Pública que acogiendo escrituras historiográficas hagan vínculos con el público general, mediante actividades culturales o mediación textual, para que estas ideas lleguen a quienes no estando en el mundo académico buscan aprender y analizar el pasado, lo cual se convierte al final en un acto sinérgico entre historiadores que buscan escribir para la historia pública e historiadores públicos que requieren de estas investigaciones para hacer las mediaciones (Cauvin, 2018).

Por lo anterior, se debe ser consciente que las narrativas y el control de estas en los espacios públicos pueden afectar claramente el desarrollo y progreso de una sociedad y hoy queda más claro que nunca que cuando algunos políticos extremos descubren que la desinformación es un instrumento para ganar votos y elecciones, aprovechan de reinstalar las narrativas que les convienen más. Por eso es importante seguir recordando el llamado que hacían los autores del Manifiesto a no caer en la “burla faccional contra lo público” poniendo por sobre la verdad de los hechos los intereses políticos. En este año que se conmemora y recuerdan los hechos del Golpe de estado de 1973, se hace necesario más que nunca recordar los “primeros debates” sobre el pasado violento que vivió Chile, esto porque en épocas como la que vivimos, la Historia suele pasar nuevamente a segundo plano por sobre narrativas interesadas, por lo cual vale la pena recordar el rol crucial que tienen los intelectuales e historiadores (Moyano, 2021) en el debate de la Historia pública.

Agradecimiento

Artículo asociado al Proyecto Fondecyt Iniciación N°11230338 de ANID-Chile.

Referencias

- Aceituno, D., y Bartol, Ana (2021). Memoria, Horror y Reconciliación en El Chile Post-Pinochet. Reflexiones a Partir De Testimonios De Colaboradores Civiles De La Dictadura. *Historia*, 396. 11(1), 1-36.
- Aceituno, D., y Rubio, P. (2020). *Chile 1984/1994. Encrucijadas en la Transición de la Dictadura a la Democracia*. Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Altamirano, C. (1998). Carlos Altamirano responde a Gonzalo Vial. *The Clinic*. 5, (115), 22-23. <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-126871.html>.
- Altamirano, C. (2005). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Siglo XXI.
- Altamirano, P., y Monsálvez, D (2022). Intelectuales, ideas, revistas. Los largos años sesenta en la historiografía chilena reciente: una aproximación desde la historia intelectual. *Historia*, 55(1), 353-383.
- Aylwin, P. (1996). *La Comisión Chilena sobre la Verdad y Reconciliación, Estudios básicos de Derechos Humanos VII*. Instituto Interamericano de Derechos Humanos. <https://www.corteidh.or.cr/tablas/a12050.pdf>.
- Aylwin, P. (1990). *Discurso con que Patricio Aylwin reinauguró la democracia*. <https://www.gob.cl/noticias/el-discurso-con-que-patricio-aylwin-reinauguro-la-democracia-1/>.
- Boeninger, E. (1998). *Democracia en Chile. Lecciones Para la Gobernabilidad*. Editorial Andrés Bello.
- Bourdieu, P. (2000). *Intelectuales, política y poder*. Editorial Universidad de Buenos Aires.
- Briones, A (1999). *La pata coja y la Transición infinita*. Ediciones B.
- Brunner, J.J., y Flisfisch, A. (1983). *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*. FLACSO.
- Camacho, F. (2004). Una Memoria Consensuada: El Informe Rettig. *V Congreso Chileno de Antropología*. Tomo II Actas (pp. 1054-1062). Colegio de Antropólogos de Chile A. G.
- Casals, M. (2010). *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la "vía chilena al socialismo" 1956-1970*. Ediciones LOM.

- Casals, M. y Villar, G (2022). Justificando el golpe chileno. Las operaciones del pasado en los escritos políticos e historiográficos de Gonzalo Vial. *Contenciosa*, 12. http://portal.amelica.org/ameli/journal/607/6073558004/html/#redalyc_6073558004_ref18.
- Cauvin, Th. (2016). *Public History: A Textbook of Practice*. Routledge.
- Cauvin, Th. (2018). El auge de la historia pública: una perspectiva internacional. *Historia Crítica*, 1(68), 3–26.
- Cavallo, A., Salazar, M., y Sepúlveda, O. (1998). *La Historia Oculta del Régimen Militar*. Editorial Sudamericana.
- Cavallo, A., Douzet, P., y Rodríguez, C. (2007). *Huérfanos y perdidos: relectura del cine chileno de la transición 1990-1999*. Uqbar Editores.
- De Castro, S. (1992). "El ladrillo": bases de la política económica del gobierno militar chileno. CEP.
- Del Pozo Artigas, J. (2017). *Allende: cómo su historia ha sido relatada. Un ensayo de historiografía ampliada*. LOM Ediciones.
- Donoso, K. (2019). *Cultura y dictadura. Censuras, proyectos e institucionalidad cultural en Chile*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Escalona, C. (1999). *Una Transición de dos caras. Crónica crítica y autocrítica*. LOM.
- Fernandois, J. (2013). *La revolución inconclusa. la izquierda chilena y el gobierno de la Unidad popular*. CEP.Chile.
- Fernández, O. (5 de enero de 2012). ¿"Dictadura" o "régimen" militar? Connotados historiadores entran a la polémica por cambio en los textos escolares. *La Segunda*. <http://www.lasegunda.com/noticias/nacional/2012/01/710639/dictadura-o-regimen-militar-connotados-historiadores-entran-a-la-polemica-por-cambio-en-los-textos-escolares>.
- Garretón, M. A. (1991). "La transición chilena. Una evaluación provisoria". Documento de Trabajo FLACSO. Serie Estudios Políticos, 8.
- Gazmuri, C. (2001). *Notas sobre la élite chilena 1930-1990*. Documento de trabajo N° 3. Instituto de Historia.
- Godoy, O. (1999). "La Transición chilena a la Democracia: Pactada". *Estudios Públicos*, 74.
- González, M. (2017). *Gonzalo Vial Correa: Las sinuosidades de una trayectoria intelectual, 1969-1991*. RIL editores.
- Grez, S., y Salazar, G. (Comp) (1999). *Manifiesto de Historiadores*. LOM.
- Guell, P. (2009.) En Chile el futuro se hizo pasado: ¿Y ahora cuál futuro?. En VV.AA, *El Chile que viene. De dónde venimos, Dónde estamos y a dónde vamos* (pp.17-38) Ediciones Universidad Diego Portales.

- Guzmán, J. (9 de septiembre de 1990). Un “11” para la democracia. *La Tercera*. https://archivojaimeguzman.cl/uploads/r/archivo-jaime-guzman-e-3/0/c/e/0ce2b933737387bbe320f34b990a29a5d226486acd6869f1882f6df2f489527d/CJG.90.36_Prensa_Columna_La_Tercera_Un_11_para_la_Democracia_1990.PDF.
- Huneus, C. (2000). *El Régimen de Pinochet*. Editorial Sudamericana.
- Illanes, M. A. (2002). *La batalla de la memoria: ensayos históricos de nuestro siglo Chile, 1900-2000*. Planeta: Ariel.
- Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación.: Vol. I, Tomo I. (1991). *Secretaría de Comunicación y Cultura, Ministerio Secretaría General de Gobierno*.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI.
- Kelley, R. (1978). Public History: its Origins, Nature and Propsects. *The Public Historian*, 11, 21.
- Lavín, J. (1987). *Chile: revolución silenciosa*. Zig-Zag.
- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. LOM Ediciones.
- Letelier, F. (20 de agosto de 1999) Mesa del Diálogo: Un diálogo Imposible. *El Siglo*. http://www.archivochile.com/Derechos_humanos/M_Dialogo/prensa/ddhh-prensa0015.pdf.
- Malloy, J., y Seligson, M. (1987). *Authoritarians and Democrats: Regime Transition in Latin America*. University of Pittsburgh Press.
- Mansuy, D. (2016). *Nos fuimos quedando en silencio. La agonía del Chile de la transición*. Instituto de estudios de la sociedad.
- Mella, M. (2008). Los intelectuales de los centros académicos independientes y el surgimiento del concertacionismo. *Revista de Historia social y de las mentalidades*, XII83-121.
- Menéndez-Carrión, A., y Joignant, A. (ed.) (1999). *La caja de Pandora: el retorno de la Transición chilena*. Editorial Planeta.
- Moulián, T. (2002). *Chile actual anatomía de un mito*. Lom.
- Moulian, T. (2006). *Fracturas: De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*. LOM Ediciones.
- Moyano, C. (2011). “Pensar la transición a la democracia. Temas y análisis de los intelectuales MAPU en sur y FLACSO 1976-1989”. En M. Mella (Ed.) *Extraños en la noche. Intelectuales y usos políticos del conocimiento durante la transición chilena*. (pp. 197-198). RIL editores.

- Moyano, C. (2021). Cartografía genealógica de las “narrativas del malestar”: El Chile de la transición entre 1990-1998. *Revista Historia*, 28(1), 482-513.
- Pinedo, J. (2012). Metodologías para analizar lo que hemos pensado: historia de las ideas, historia de los intelectuales estudios culturales, análisis de discursos, estudios eidéticos. Reflexiones y propuestas. *Temas De Nuestra América Revista De Estudios Latinoamericanos*, 27-42.
- Pinochet, A. (1998). *Carta a los chilenos, de Augusto Pinochet*. https://es.wikisource.org/wiki/Carta_a_los_Chilenos,_de_Augusto_Pinochet.
- Ponce, J. I., Pérez, A., y Acevedo, N. (2018). *Transiciones. Perspectivas historiográficas sobre la postdictadura chilena (1988-2018)*. América en Movimiento.
- Puryear, J. M. (2016). *Pensando la política. Intelectuales y democracia en Chile, 1973-1988*. Uqbar Editores.
- Rabêlo de Almeida, J., y Meneses, S. (2018). *História pública em debate: Patrimônio, educação e mediações do passado*. Capes.
- Siavelis, P. (2009). Enclaves de la transición y democracia chilena. *Revista de ciencia política*, 29(1), 3-2.
- Stern, S. (2002). De la memoria suelta a la memoria emblemática: Hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998). En: E. Jelin (comp.) *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas “in-felices”*. (pp.11-33). Editorial S. XXI.
- Stern, S. (2013). *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria en el Chile de Pinochet*. Ediciones UDP.
- Torres-Ayala, D. (2020). Historia pública. Una apuesta para pensar y repensar el que-hacer histórico. *Historia y Sociedad*, (38), 229-249.
- Vial, G. (1973). *Libro blanco del cambio de gobierno en Chile*. Editorial Lord Cochrane S. A.
- Vial, G. (7 de febrero de 1999). Plan Z. *El Mercurio*. <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-126883.html>.
- Vial, G. (2020). *Gonzalo Vial: política y crisis social*. Ediciones País.
- VV.AA. (1998). *Carta abierta a S.E. el Presidente de la República Eduardo Frei Ruiz-Tagle. Con motivo del 50º aniversario de la Declaración de Derechos Humanos de la ONU*. <http://www.derechos.org/nizkor/chile/doc/frei.html>.
- Walker, I. (2020). *Pasión por lo Posible. Aylwin, la Transición y la Concertación*. Ediciones Universidad Diego Portales.
- Weible, R. (2008). *Defining public history: is it possible? is it necessary? Perspective of History*. Issues <https://www.historians.org/research-and-publications/perspectives-on-history/march-2008/defining-public-history-is-it-possible-is-it-necessary#note1>.

Winn, P. (2013). *La revolución chilena*. LOM Ediciones.

Zalaquett, J. (2000). La Mesa del Dialogo sobre derechos Humanos y la transición Política en Chile. *Estudios Público, CEP*. 79, 5-30.

Sobre el autor

DAVID ACEITUNO SILVA es Profesor del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (PUCV), Chile. Profesor de Historia, Geografía y Ciencias Sociales. PUCV; Magíster en Historia, PUCV; Doctor en Investigación en Didáctica de las Cs. Sociales, Universidad de Valladolid, España y Doctor en Historia Contemporánea y de América Latina. Universidad de Salamanca, España. Correo electrónico: david.aceituno@pucv.cl.  <https://orcid.org/0000-0003-1524-6145>

CUHSO

Fundada en 1984, la revista CUHSO es una de las publicaciones periódicas más antiguas en ciencias sociales y humanidades del sur de Chile. Con una periodicidad semestral, recibe todo el año trabajos inéditos de las distintas disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades especializadas en el estudio y comprensión de la diversidad sociocultural, especialmente de las sociedades latinoamericanas y sus tensiones producto de la herencia colonial, la modernidad y la globalización. En este sentido, la revista valora tanto el rigor como la pluralidad teórica, epistemológica y metodológica de los trabajos.

EDITOR

Matthias Gloël

COORDINADORA EDITORIAL

Fabiola Cerda Hernández

CORRECTOR DE ESTILO Y DISEÑADOR

Ediciones Silsag

TRADUCTOR, CORRECTOR LENGUA INGLESA

Alejandra Zegpi Pons

SITIO WEB

cuhso.uct.cl

E-MAIL

cuhso@uct.cl

LICENCIA DE ESTE ARTÍCULO

Creative Commons Atribución Compartir Igual 4.0 Internacional